

# Lo que sea de cada quien

## Guajardo Suárez vapuleado

Vicente Leñero

Como no me alcanzaba el sueldo al empezar a trabajar en *Revista de Revistas*—cuando ingresé al *Excélsior* de Julio Scherer—se me encargó escribir además un artículo a la semana, los martes, en las páginas editoriales del diario que coordinaban los Miguels: Granados Chapa y López Azuara.

No me gustó la propuesta. Nunca había escrito artículos de opinión ni me sentía con tamaños para hacerlo en el mismo espacio donde brillaban los grandes: Daniel Cosío Villegas, Gastón García Cantú, Rodolfo Stavenhagen...

Ni modo. Tuve que cumplir el requisito para completar el sueldo, y a sufrir las vísperas.

En mis primeros intentos traté de irme por lo fácil y llevé un texto que no era otra cosa que un comentario a propósito de un libro de Erich Fromm.

Granados Chapa me paró en seco:

—No. Las reseñas de libros son para “Diorama de la Cultura” (el suplemento cultural de *Excélsior*), en las páginas editoriales se publican artículos de actualidad, temas del momento.

Ya lo sabía, desde luego, pero quise probar un camino que me facilitara el reto semanal. Como no me quedaba de otra fui soltándome, soltándome, y logré encontrar un estilo propio: el de opinar no como un erudito sino como “el hombre de la calle”.

Surtió efecto aunque nunca nadie me felicitó o me censuró por una opinión mía. Hasta aquel lunes de mayo de 1973 en que me asomé con apuro al escritorio de Miguel Ángel Granados Chapa:

—No tengo tema para mi columna de mañana. Dame un tip.

—¿Por qué no escribes sobre la Coparmex? Acaba de renunciar a ella su presidente Roberto Guajardo Suárez.



—¿Es derecho o izquierdoso?

—Más bien derecho —dijo Granados Chapa.

Así pues, sin conocer a fondo el mundo de los empresarios mexicanos, sin investigar lo ocurrido antes de la renuncia, interpreté mal el discurso de despedida de Guajardo Suárez y escribí un artículo que lo vapuleaba sin piedad.

Durante la tarde del martes, me telefonó Julio Scherer a mi oficina de la revista:

—Me acaba de hablar Guajardo Suárez. Está furioso por tu artículo.

—Gulp —se me cerró la garganta.

—Va a mandar un reclamo y se lo vamos a publicar en *Foro de Excélsior*. Te lo aviso para que estés prevenido.

El reclamo de Guajardo Suárez fue feroz. Que cómo me atrevía a refutar su discurso “si no lo leyó completo”. Que había entendido todo al revés. Que eso de derecho...

Se me heló la sangre. El empresario tenía toda la razón. Mis aseveraciones eran tontas, groseras, más bien ridículas.

—¿Ahora qué hago, Miguel Ángel? Me hizo pinole.

—No hagas nada, ya qué. Olvídalo. Así pasa luego.

—Es vergonzoso para mí.

Decidí no cruzarme de brazos y mi siguiente artículo lo dediqué por completo a pedirle perdón y más perdón, en todos los tonos a Guajardo Suárez. Sí, había leído su discurso por encima y todo lo que me atreví a decir no tenía fundamento. Perdón.

La mañana de ese martes me telefonó Julio Scherer.

—Me acaba de llamar Guajardo Suárez.

—¿Sigue enojado?

—No. Está emocionadísimo contigo, con que le hayas pedido perdón públicamente. Quiere concertarte, va a venir en la tarde. Lo invité a tomar un whisky en el Amba.

Cuando Roberto Guajardo Suárez llegó al Ambassadeurs —el restorán-bar que estaba en el piso bajo del edificio de *Excélsior*— abrió los brazos como un padre y me estrechó aparatosamente.

—Lo que hizo usted no lo hace cualquiera —me dijo de inmediato.

—Fue un error terrible, don Roberto. Me cogieron las prisas/

—¡No! Hablo de su artículo de hoy, del que escribió pidiéndome perdón. Se necesitan agallas, ¿verdad, don Julio?

Gracias a que Julio derivó el tema a los problemas de la Coparmex, no se habló más de lo que hice mal y de lo que hice bien. Respiré aliviado. Los dejé hablando entre ellos.

Esa noche, al regresar a casa, supe que Roberto Guajardo Suárez había enviado un mensajero con dos botellas de Rémy Martin como obsequio. Añadió una tarjeta manuscrita: ¡Gracias! **u**